

ductivo, ausencia de iniciativas técnicas o financieras, incapacidad absoluta de respuesta— han variado notablemente, pero la dependencia de todo el conjunto productivo "turístico" se ha hecho también total.

La Costa de la Luz, esa suerte de "Costa del Sol abortada", como la califican los autores del estudio, guarda ya algunos ejemplos engendrados con la misma marca de la costa marbellí (especialmente abominable, desde todos los puntos de vista, es el conjunto "urbanístico" de Matalascañas), pero parece salvada justo en el último momento. La costa gaditana presenta casos interesantes (Chipiona merece atención especial, reflejada en la exhaustiva investigación histórica, urbanística, socioeconómica y cultural que los autores se complacen en mostrar) de mantenimiento, sin traumas desarrollistas, de la actividad tradicional, de la conservación física y cultural y de reserva del potencial turístico auténtico: pueblos que no han perdido su identidad ni piensan hacerlo.

La propuesta frente a la disgregación introducida por la explotación turística en la costa andaluza ha de darse por el control riguroso de este tipo de crecimiento, demostradamente endeble y ampliamente perjudicial. Esto puede obtenerse mediante la actuación administrativa y política, garantizando la conservación y la iniciativa de las iniciativas locales, y procediendo a una ordenación y desarrollo en profundidad del litoral. El turismo se revela, actualmente, como un nuevo factor de desequilibrio, especialmente "eficaz" en tierras ya desequilibradas.

Dentro de la excepcional calidad del trabajo, merece la pena resaltar el capítulo destinado a la determinación de las interrelaciones entre turismo y ecología, patentes en el área de Huelva y, sobre todo, en Doñana. Además de un vibrante alegato en favor de la conservación y protección de Doñana y su más amplio entorno, este apartado concreto proporciona unas pautas precisas para planificadores, urbanistas y ecólogos, tanto para ordenar espacios aún no degradados como para intentar enmendar algunas de las innumerables barbaridades ya perpetradas. ■ **PE-DRO COSTA MORATA.**

CINE

Las claves de Pasolini: de "Sodoma" a "Saló"

EN 1785, Donatien Alphonse François, marqués de Sade, estaba encerrado en la Bastilla por delitos comunes. No era la primera vez, desde luego. Para entonces, el "divino marqués" ya había dado con sus huesos en la mitad de las prisiones francesas. Sin embargo, al parecer, se aburría en la prisión y dio en escribir novelas febrilmente. Así aparecieron "Los 120 días de Sodoma" o la escuela del libertinaje", tal como se llamó en la primera edición publicada.

La verdad es que Sade no llegó a detallar más que las treinta primeras jornadas de su terrible invención. Las otras noventa están simplemente esbozadas, aunque hay que añadir algunas notas marginales, como un balance contable de muertos, torturados y demás, y una curiosa autocrítica literaria de la obra en conjunto. No obstante, el manuscrito ocupó una larga tira de papel de once centímetros de ancho por doce metros de largo, escrito por ambos lados con letra microscópica. Apollinaire, que se ocupó del tema, puntualiza que "el último poseedor del manuscrito lo tenía encerrado en una cajita de forma fálica".

En definitiva, "Los 120 días de Sodoma" es, como la mayor parte de las obras de Sade, un complejo folletín repleto de truculencias escatológicas y sexuales. Los protagonistas son cuatro "libertinos" que el autor ubica a fines del siglo XVII y de los que expresamente dice que se enriquecieron con los impuestos que las guerras de Luis XIV fueron generando. Estas cuatro "sanguijuelas, siempre al acecho de las calamidades públicas", son bisexuales, sádicos, masoquistas, pederastas, incestuosos y todo el resto de la gama de las llamadas desviaciones. Un día idean una orgía definitiva: se encerrarán en un castillo de Suiza con un grupo de prostitutas, vírgenes de ambos sexos, menores de catorce años, narradoras eróticas especializadas y varones dotados para lo que se les pida. Es preciso



"Salò", de Pasolini.

señalar que los cuatro supermalvados de la historia son un noble, un obispo y dos ricos representantes de la alta burguesía administrativa y financiera.

Luego, Sade va desarrollando su novela con una frialdad casi contable: primero, las humillaciones, las violaciones y los engaños; después, las torturas y, por último, los asesinatos. No falta de nada: blasfemias, misas negras, falsas bodas, sacrilegios. Los protagonistas se rien "malvadamente" de todo lo más respetado por la Iglesia y la sociedad. Al final, escriben con una elegante pluma de ave:

Asesinados en orgías antes del primero de marzo	10
Después del primero de marzo	20
Restan	16
Total	46

Sobre esta novela hizo Pasolini su película más polémica, que ahora acaba de ser estrenada en España, tras un largo peregrinaje de Juzgado en Juzgado y de censura en censura. La novedad más importante fue el introducir la acción en el mundo del fascismo y más concretamente en el de la República de Saló. Pasolini actualizó el tema e hizo que los viejos "libertinos" de Sade fueran, en realidad, jefes fascistas.

Como se sabe, la República Social Italiana, con sede central en el pueblo de Saló, fue el último "bunker" fascista tras la destitución, la prisión y el rescate (un comando SS capitaneado por Otto Skorzeny) de Benito Mussolini. Sólo quedó el ala más ultradere-

chista del partido y, con ellos, una serie de vividores corruptos que trataron de esquilmar lo más posible, convencidos de la caída final y próxima del fascismo. En opinión de los historiadores Hearder y Waley, "en la práctica, la República Social sería más derechista y cercana en espíritu al nazismo que nunca lo fuera el antiguo Estado fascista (...). Muchos fanáticos comenzaron a actuar".

Curiosamente, el alto mando político escogió las orillas del Garda como residencia. Nombres destacados de este régimen tardío ocuparon las "villas" de la orilla de este hermoso lago. Hubo jefes de fila en "Villa Feltrinelli", en Gargnano, o en Gardone, donde estaba la gran finca campestre del poeta Gabriel D'Annunzio (Cayetano Raspagneta, para sus familiares), y, por último en Saló. Efectivamente, el sentimiento de culpabilidad, de falta de futuro y de odio hacia el pueblo debió ser predominante entre los jefes fascistas de esta peculiar República. La parábola de Pasolini, al igual que, un siglo antes, la de Sade, se mantenía, así, en un perfecto equilibrio entre el apólogo y la realidad. Es decir, nunca tan verosímil como para creer en su existencia, pero, al mismo tiempo, manteniendo un telón de fondo históricamente prohibido que no lo convirtiera en mera utopía negra.

La República de Saló, que duró más de un año (septiembre del 43 al mes de abril de 1945) con su larga secuela de leyes y "razias" antisemitas, sus fusilamientos, su terrible represión

continuada, fue uno de los momentos más tristes que ha padecido un pueblo. Cuando Pasolini resucitó el viejo folletín de Sade —esta vez en clave política— estaba apuntando al auténtico centro de la tiranía, en su forma y esencia más depurada. ■ RAMIRO CRISTOBAL

MUSICA

Fiestas ecológicas: el sonido de los radicales

EN breve espacio de tiempo, tres o cuatro celebraciones masivas, al aire libre en su mayoría, han vuelto a traer los recuerdos de los grandes festivales de antaño, cuando la "explosión democrática" de hace casi un lustro. Ahora, las reivindicaciones se apoyan en otros "slogans": fiestas ecológicas; recuperaciones nacionales, como la celta, la andaluza..., manifestaciones antinucleares... Lo cierto es que la fuerza del movimiento radical no está sino empezando a articularse y, por ello, estos montajes, que proceden casi siempre de esa cuerda ideológica, por espontáneos que sean, se resienten aún en cuanto a su capacidad de organización/convocatoria. Pero, de hecho, en estos actos han privado las posturas y los gestos contra-culturales, en un afán de supervivencia a veces grotesco, a veces entrañable, siempre necesario y casi vital: exhibiciones marginalistas, apuntes imaginativos de arte y expresión visual y corporal, recuperación de realizaciones auténticamente populares, como la cerámica; desfile de disfraces, caretas y pinturas en rostro, como en los antiguos carnavales; variopinta demostración de nuevas formas de vestir y/o comportarse; en fin, comidas macrobióticas, vegetarianas y, en todo caso, siempre al alcance de casi todos los bolsillos. Todo ello aderezado y bien condimentado con diversas músicas fluctuantes entre la tradición más desahogada y el nuevo grito que ahora se llama "new wave..."

También funcionó en el campo de fútbol de San Blas, lugar inhóspito y escarpado donde los haya, así como en el más acogedor recinto de la Casa de Campo, los dos lugares donde se celebra-

ron hace unos días las fiestas ecológica y la celta, la venta del "Libro rojo del cole", perseguido con saña en la actual Feria madrileña de novedades, y que, de esta forma, ve incrementado su potencial de ventas, al constituirse en nuevo producto censurado, clandestino, y, por todo ello, mucho más apetitoso.

En el terreno específicamente musical y organizativo, hay que señalar, además de lo ya apuntado, que estas gigantescas manifestaciones adolecen, generalmente, de falta de ritmo. Dado que nunca empiezan a su hora; que luego, por unas causas o por otras, se retrasan entre actuación y actuación, con el lento cambio de equipos sonoros, etc., la cosa puede llegar a convertirse, y de hecho así ocurre, en largas palizas donde el muermo (eso tan odiado por estas bascas) comienza inevitablemente a ha-

cer su aparición. En la fiesta de San Blas, por ejemplo, la cosa no comenzó a animarse hasta que hicieron su entrada los grupos "pop-rockeros" del momento, tales como Mamá y Nacha Pop, que tuvieron, además, actuaciones convincentes y llenas de energía-vitalidad, lo que faltó precisamente hasta entonces, a pesar de las buenas intenciones y más que buenas maneras (para otro tipo de actos y lugares) de Luis Eduardo Aute, Luis Pastor —en su tímida reaparición— y, sobre todo, del portugués Fausto, el cual cuajó una bella actuación no siempre valorada en su dimensión adecuada. Pero no cabe duda de que esos admiradores-nostálgicos de los Brincos que son Mamá hicieron un "set" casi perfecto, por blandas que sean algunas de sus canciones y por más conocido "beat" de otros tiempos que posean otras. Son te-

mas que conectan, aquí y ahora, con la gente del "rollo" y eso se aprecia en seguida... Ausente el anunciado Camarón de la Isla, por razones no aclaradas, la fiesta terminó en alegría, y ya bien entrada la noche (había comenzado hacia las cinco de la tarde) con la salsera y "camp" Orquesta Platería, otro tipo de experiencia musical que es muy querida y valorada por las jóvenes generaciones que-no-pasan-de-todo.

En cuanto a la fiesta celta, no alcanzó el éxito multitudinario del pasado año, cuando actuasen Alan Stivell y Gwendal en un solo concierto; pero, así y todo, congregó a mucho más personal que los "ecológicos" (aunque en más de una ocasión se pudiesen ver las mismas caras). Alrededor de cuatro mil personas deambularon de un lado para otro bajo un sol de justicia que se fue tornando poco a poco en una muy agradable noche. Mientras, habían estado alegrando el cotarro las gentes galesas de Swansea Jack, un grupo aún poco rodado y menos maduro, pero que dejó ver unas cuantas cualidades y, sobre todo, unas cuantas bellas canciones de su tierra; los madrileños-gallegos de Labanda, que cuajaron una excelente actuación sonora, ya que no a nivel de presentación de temas, verdadero suplicio por la falta de interés y la ausencia total de gracia del "showman"; para culminar, en fin, la cosa, con un espléndido recital del quinteto escocés The Tannahill Weavers, desconocidos hasta ahora aquí, pero no por más tiempo, su sonido típicamente celta, con la inclusión del gran gaitero que es Alan McLeod; su perfecta compenetración, y sus excelentes melodías, entre la tristeza más profunda y la alegría más radiante, consiguió elevar un tono artístico que estaba en el aprobado por los pelos hasta el sobresaliente con nota, ahora que los símiles académicos están tan a la orden del día. Ambiente que logró mantener, a duras penas, eso sí (dadas las tardías y fresquitas condiciones del lugar), el bretón Dan Ar Bras, discípulo y compañero de Stivell hace tiempo, y ahora líder de un grupo, el suyo, que se mueve perfectamente en terrenos como el del folk-rock, con acentos a uno y otro lado de la frontera, y con buena atmósfera tradicional siempre en sus aires y nostalgias.

■ ALVARO FEITO.

The Tannahill Weavers.



The Tannahill Weavers

Guillemada